

PIERRE CLÉMENTI

Algunos mensajes
personales

*¡Abrid las puertas
de las prisiones!*

Traducción e introducción de
DIEGO LUIS SANROMÁN

Prólogo y epílogo de
BALTHAZAR CLÉMENTI

ÍNDICE

Introducción. ¡Encerradlos a todos! 7

Algunos mensajes personales

Prólogo 23

El arca de Noé 27

Las estrellas fugaces 35

La reina de los cielos 42

Un salvavidas hacia lo desconocido 59

El juicio del padre 64

Los rostros verdes 68

La bella durmiente 75

La piedra de vida 79

Adiós al ídolo 85

La carretera 93

El tribunal iluminado 98

El correo de la tarde 105

Una chispa puede incendiar todas las cárceles 112

Negativa a obedecer 119

Un asiento, zona de sombra 125

| | |
|----------------------------------|-----|
| Sin billete de vuelta | 130 |
| Señor Ministro de Justicia... .. | 136 |
| Epílogo | 143 |

Apéndice

| | |
|---------------------------------|-----|
| Filmografía como director | 145 |
| Filmografía como actor | 145 |
| Obras de teatro | 149 |

INTRODUCCIÓN

¡ENCERRADLOS A TODOS!

I

D'où vient la prison? Je répondrai : « D'un peu partout ».

Michel Foucault

EL 24 DE JULIO de 1971 Roma amanece bajo un calor asfixiante. En pleno corazón del verano, Italia bulle todavía sobre los rescoldos del *autunno caldo*. Aún no se han enfriado los diecisiete cadáveres de Piazza Fontana, Valpreda está en el trullo y a Pinelli la pasma le ha enseñado en qué consiste practicar el vuelo sin motor. Una vez más el Estado italiano le ha declarado la guerra abierta a su sociedad civil, y de momento parece ir ganando. Gladio hace de las suyas y se encarga de aplastar a esas fuerzas subversivas que la burocracia sindical y estalinista no consigue encauzar de manera eficaz. La mafia, la extrema derecha y las fuerzas del orden oscilante, bajo la protección de la CIA, llegan a donde no alcanzan los esfuerzos recuperadores de las viejas organizaciones de la clase obrera. Las cárceles de toda la península empiezan a llenarse de rebeldes, pero la ola represiva barre también con todo aquello que pueda identificarse de lejos o de cerca con estas nuevas *clases peligrosas*. Puede que los hippies, los fumetas o los *capelloni* no constituyan más que la periferia lúdica del movimiento, pero su

rechazo del trabajo y de las instituciones tradicionales del viejo orden burgués los convierte cuando menos en enemigos potenciales del Estado asediado. Carne de talego, pues.

Así que situémonos. Veinticuatro de julio de 1971, primera hora de la mañana, Roma, número cuarenta y cuatro de la via di Banchi Nuovi, el comienzo de lo que en otra época se conocía como «via papalis», un punto más o menos equidistante entre el lugar en el que el puente del Príncipe Amadeo cruza el Tíber y la famosa Piazza Navona. El centro del centro de un país que está viviendo los efectos de una contraofensiva contrarrevolucionaria. Un coche se detiene ante el portal de este viejo edificio renacentista ubicado entre los palacios Taverna y Farnèse: la *guardia di finanza*, los estupas italianos, ha recibido información de que en uno de los apartamentos del inmueble se consumen sustancias estupefacientes ilegales de forma regular. El piso en cuestión está a nombre de una tal Anna Maria Lauricella, una joven a la que en las calles del Trastévere se conoce como la Medusa, tal vez por esas guedejas de color escarlata que la mujer acostumbra recoger en un moño vertical en lo alto de la cabeza. El teniente Betti hace sonar el timbre y un chavalín de unos cinco o seis años abre la puerta. El crío se llama Balthazar, como el burrito de la película de Bresson, Balthazar Clémenti.

Pierre, su padre, duerme aún en uno de los cinco cuartos que componen la vivienda cuando la policía empieza a ponerlo todo patas arriba. Tienen una orden de registro, y vaya si registran. El jaleo despierta al resto de habitantes de la casa —un joven argentino que está de paso y Tiziana, la hija de Anna Maria, que tiene unos catorce o quince años—, pero no a Pierre. Pierre tiene el sueño pesado o tal vez es que aún no se ha repuesto de su último rodaje italiano: *Necrópolis*, una película dirigida por Franco Brocani, en la que él interpreta a Atila, el rey de los hunos, y en la que un Frankenstein psicodélico juguetea en cierto momento con la por-

EL ARCA DE NOÉ

—SEÑOR DIRECTOR...

En Francia uno se cuadra para hablar con el director. Y a tu lado, medio paso detrás de ti y con aire autoritario, tus dos ángeles guardianes, los dos leones que te controlan como si pasaras revista.

—Señor director, quisiera mi flauta...

En las cárceles italianas, basta con ser educado con el director. Hablarle amablemente, con normalidad, como a un viejo amigo al que se necesitase a menudo. En Francia tienes que saludar como en el ejército.

—Señor director, quisiera poder hablar un poco más de tiempo con mi madre... Ha hecho dos mil kilómetros para verme...

Siempre que tienes que pedir algo es cosa del director. Vas a visitar al director. Es una oportunidad para cambiar de escenario, desentumecer las piernas, conocer mejor las galerías.

Es también la esperanza de un poco de conversación. Incluso si él no habla mucho. Lo mismo el de Rebibbia que el del Regina Coeli esperará hasta que hayas terminado de hablar. Te escucha sonriendo, una luz le cruza el rostro, lo cual te anima a insistir. Te observa. Más tarde responderá sí o no. Te concederá un poco de bondad o bien te mandará de vuelta con tus hermanos, tan indefenso como

ellos. Y tú emprenderás el viaje de regreso a través de los corredores y de las escaleras de hierro, atravesarás las rejas y escucharás las llaves, caminarás lo más lentamente posible, respirarás a pleno pulmón, terminarás por llegar a tu hogar. Tres metros por tres.

—Señor director, permítame tocar la flauta que me ha enviado esa chica francesa. No está usted en contra de la música, ¿verdad?

Le miras a los ojos, sin agresividad, pero también sin timidez. Le miras fijamente a los ojos y él ya no puede esquivar tu mirada. En todo caso, la música no está prohibida, ¿o sí? Le sonríes amablemente. En Francia es como el cuartel, en serio. Si no saludas, si no rectificas la postura, te caen quince días en el chabolo. O treinta, según el humor y según tu aspecto. Quince días (¡que ya no son días!) en las mazmorras de la prisión, entre tú y tú mismo, buscando una luz que no puede venir sino de ti. Así son las reglas del juego. La salvación o el secreto.

Aquí te escuchan. Eres educado y son educados. Sí o no, eso es todo.

—Los instrumentos musicales solo están autorizados a los menores. Usted no es menor, ¿verdad, señor Clémenti?

—Parece usted mi padre, señor director...

Aquí todos somos niños.

He conocido a tres directores en mis cárceles romanas.

El primero era una especie de apóstol. Un funcionario que se creía investido de una misión. Un padre superior de los encastros que quería transformar las cárceles. Decía: «En lugar de un centro de represión, voy a hacer de esta cárcel un centro de creación». Se reían con ganas de él —fuera, en los despachos y los pasillos de las administraciones—, pero en Rebibbia no era

LAS ESTRELLAS FUGACES

EL 24 DE JULIO de 1971, a las nueve de la mañana, la policía se presentó en casa de mi amiga Anna-Maria. Yo dormía.

Estaba en Roma para trabajar. Acababa de terminar la película de un joven director italiano, Luca Branconi,^{*} sobre el mito de la necrópolis a través de las civilizaciones. Yo era Atila. Atila entrando en la Roma decadente, conducido a una cripta en la necrópolis subterránea para ser iniciado por Montezuma, el último de los emperadores aztecas. En la cripta me desnudan, me cubren con un manto de lana ensangrentado, me ponen sobre la cabeza un águila, de la que me apodero de inmediato y a la que estrangulo. Camino entonces hacia la tumba de mi familia y allí encuentro un arco y unas flechas, y un caballo blanco que me estaba aguardando. Monto y le grito: «Caballo, ¿puedes llevarme a las ciudades subterráneas para besar a mis hermanos y responder al saludo de la invencible mano que pesa sobre nuestras cabezas para liberar a los hombres de su ignominia?». El caballo parte al galope a través del estudio. Es un destello, una escena muy corta, una parábola profética de la caída del imperialismo. Más tarde entraría de verdad en la iglesia subterránea y vería en ella a mis hermanos encerrados.

* Clémenti se refiere aquí a la película *Necrópolis* (1970), dirigida en realidad por Franco Brocani (N. del t.).

Fue mi hijo Balthazar el que abrió, y de inmediato el apartamento se vio invadido por polis que husmeaban por todos lados.

—Los vecinos se han quejado —le explica un comisario a Anna-Maria—. Tenemos que hacer un registro.

Yo también había venido a Roma para meditar sobre el sentido de la cristiandad.

Siempre he pensado que para ser actor hay que obedecer a un orden, a una regla de vida y de pensamiento, a un ascetismo casi religioso. Para recuperar el sentido de lo sagrado, los Misterios que fueron también las primeras representaciones teatrales. Y presentar esa sacralidad a espectadores que quizá esperen una revelación.

Quería intentar recuperar lo que hay de más misterioso y a la vez más luminoso en la vida. Tenía ganas de participar en espectáculos que liberasen a la gente, que les trajesen la luz, que les aliviase de sus angustias, de ese sentimiento de culpabilidad que nos abrumba a la mayoría de nosotros.

Es así como imagino a los artistas de la Edad Media, que tenían como misión informar al pueblo a través de su espectáculo, y que se volvieron tan sabios, tan revolucionarios, que la Iglesia ya no tenía ningún poder directivo sobre ellos.

Hacían al pueblo demasiado inteligente, y la Iglesia los excomulgó. Como pasó con los hippies en América: la sociedad americana considera peligrosos para su «orden» a esos jóvenes que predicaban un ideal de amor, paz, creación, belleza. El orden de una sociedad basada en la violencia y en el miedo, donde todo el mundo se encierra cada día a las nueve de la noche, con la mujer y los chavales y una fusca en la mano. Había que impedir que la

LA REINA DE LOS CIELOS

EL RÉGIMEN PENITENCIARIO ES la negación del ser humano.

Es negarle la vida al hombre. Hacerle volver al estado de feto en el vientre de su madre para reconvertirlo en máquina bienpensante.

La sociedad se sirve del hombre encerrado como de un combustible. Carbón en la caldera para que se mantenga la presión sobre los hombres en libertad, a fin de que estos tengan clara conciencia de que tienen que proteger esa libertad, de que deben proteger sus bienes y su confort. Pues lo olvidan. Olvidan que todos los días mueren hombres en las calderas del Estado, en las cárceles del mundo entero, mueren para que en algún lugar puedan nacer el amor, la fraternidad, la creación colectiva. Estar en prisión es estar en la vanguardia del combate contra los propietarios del poder, del dinero, de la cultura. En sus celdas, en su miseria, los presos dan testimonio. Van en el sentido de la vida.

He pasado un poco por todos los sistemas represivos de la sociedad, ya sean los correccionales, los colegios del Estado, los centros psiquiátricos o los asilos para criminales y ahora, para terminar, las cárceles. Todas esas voces ahogadas que he escuchado durante años dicen lo que se ha hecho de la verdad y de la justicia en este mundo. Exigen que se le dé al hombre encerrado la posibilidad de crear, de reinventarse, de reencarnarse, al llegar su «liberación», en un universo de amor y fraternidad. Pues hoy

el hombre que sale de prisión ha sido minuciosamente fabricado para volver a ella.

Volver a este lugar de terror que se ha convertido en su «hogar», y lo peor es que acaba por sentirse bien en este hogar aterrador. Las cárceles producen a los criminales del mismo modo que las universidades producen a los científicos o las escuelas de arte a los artistas.

Que al menos se ofrezca a aquellos que están condenados por un sistema el medio de emerger de las profundidades.

Los condenados me han enseñado la inocencia.

Entré en Regina Coeli con la mente libre, tranquila, como para dar un simple paseo entre amigos. ¿Había terminado por creermé las fábulas que los policías le contaban a Balthazar para que cediera? Me decía que había que esperar hasta el proceso y que el proceso llegaría pronto, puesto que no había investigación alguna que hacer: la instrucción era sencilla.

Regina Coeli es la cárcel del pueblo bajo de Roma, la casa de infortunio en la que irremediamente acaban los marginados, los débiles, esos que tienen una docena de chavales y no tienen curro, los que no han podido alimentarse de las migajas del festín romano. Una cárcel vieja como la ciudad, piedras negras y desgastadas por cien generaciones de enclaustrados. Aquí uno se siente oprimido tanto por su peso como por el peso de los muros. Pero una cárcel en la ciudad está hecha de la ciudad misma, de sus piedras tanto como de sus hombres. Como la ciudad, tiene sus tráfi-cos, sus escándalos, sus ricos y sus pobres, sus castas, sus señores y sus esclavos. Por muy gruesos que sean los muros, por muchas rejas y puertas que haya, la prisión se ve atravesada por la vida de la ciudad, por sus ruidos, sus olores, e incluso sus visiones.

No hay ventanas en Regina Coeli. Las celdas —los agujeros, sería mejor decir— solo están iluminadas por las «bocas de lobo»,

UN SALVAVIDAS HACIA LO DESCONOCIDO

MI OTRO VECINO ERA UN pintor. O mejor dicho, pintaba.

Después de la celda de castigo, me había ganado el derecho a cierta consideración. Y la regla de oro de la cárcel establece que, pasados los primeros meses, dos o tres según el «sujeto», el régimen al que te han sometido se suavice. El periodo de observación, en el que dejan que te debatas contigo mismo, atrapado en el cemento, amurallado tras el silencio, en el que eminentes expertos en la desesperación ponen a prueba tus defensas, da paso a un clima más templado. Una vez has pasado la prueba de la iniciación, te admiten en el círculo de la rutina carcelaria. Tu estatus se normaliza. El tenso hilo de la confianza te liga cada día más a los demás presos, e incluso a los guardias. Se sabe que has pasado el estrecho y que, salvo accidente, se puede contar con que beberás tu purga hasta la última gota. Hete aquí miembro de una inmensa familia, estás hermanado con ella, no atraerás sobre ella las represalias de los poderosos, no traicionarás los secretos que comparta contigo. Los rostros se abren a tu paso, te conviertes en el nuevo confesor de confidencias mil veces contadas y que recuperan algo de frescura gracias a tu condición de novato. Tú, por tu parte, las escuchas por primera vez. Tus compañeros de paseo representan ante tus ojos la escena de su vida.

Hay que decir que el paseo se ha alargado: dos horas en lugar de los cuarenta minutos concedidos al principio, tus pasos multiplicados por tres, tiempo para enterarte de más cosas.

—Hay días en los que estoy de buen humor y días en los que estoy con el morro torcido... No sé por qué...

¿Qué responder a esta voz que se ceba con la letanía de los males cotidianos?

—Tal vez sea cosa de los sueños... ¿Sabes?, todavía sueño...

No sé con qué soñará el tío que me ha cogido el brazo durante parte de mi recorrido por el patio. ¿Con su mujer, con el delito que lo ha traído aquí, con el día de su libertad?

—Cuando entras en un bar, tienes que pagar, no te queda más remedio...

Lo que está claro es que ante todo necesita hablar. No basta con caminar aspirando con todas tus fuerzas el oxígeno mezclado con los aromas de la ciudad que llegan hasta aquí. Las llamadas y las respuestas atraviesan el patio: «¿Cómo va el proceso? —*Giustizia di merda!* —¿Y el abogado? —*Va fare in culo l'avvocato!*». Escuchas encantado como suenan los insultos en la lengua italiana.

—Aunque no tomes más que un café, no puedes irte sin pagar...

—Puedes entrar en un bar y pedir un café. Contemplas al tío que bebe a tu lado. Le miras a los ojos y el tío te paga el café.

Deambulaba por Saint-Germain. Recogía colillas en la calle para fumármelas. Un día me aborda un tío: «Ven, te necesitamos, estoy seguro de que estarás bien». Le seguí hasta una gran casa en la que unos tipos con trajes de la Edad Media ensayaban una obra. Era *El proceso contra los templarios*. Uno de ellos se me acercó, los demás seguían actuando. También me miró a los ojos, y de aquella mirada nació una larga amistad.

EL JUICIO DEL PADRE

AHORA VEÍA A MIS abogados todas las semanas. Mi representante, la William Morris, había hecho bien las cosas: tenía dos abogados, Filippo Ungaro y Paolo Appella. También en esto era un privilegiado en Regina Coeli. Cuántos internos no han podido contar jamás más que con un abogado de oficio, que sin duda hará todo lo que haga falta, pero que tendrá menos peso ante el Ministerio Fiscal y ante los jueces que el abogado conocido que tú has podido permitirte. A pesar del principio de igualdad que proclaman por todos lados, también aquí la justicia se inclina del lado de los ricos y golpea del lado de los pobres.

La instrucción prácticamente había concluido, los abogados se reafirmaban convencidos: «¿Sabes?, el juez de instrucción podría asociar su nombre a una «primicia» en la jurisprudencia... Es importante para él...».

Ya me había encontrado con él en tres ocasiones, para los interrogatorios y los careos. Tres veces le había expresado mi ignorancia, mi inocencia. Yo sentía que no sabía muy bien a qué atenerse conmigo. Así que me hablaba como a un niño, con una dulzura un poco forzada. «Pero, señor Clémenti, ¿cómo es posible? ¿Vivía desde hacía seis meses en ese apartamento y no sabía que había droga?». Insistía, con precaución, atento a parecer lo menos agresivo posible.

—Pero dicen que usted se droga.

—No me drogo.

—¿Y fumar?

—Fumo, sí, cigarrillos...

Los abogados habían emprendido una batalla procesal o, mejor dicho, un combate por los principios: una ley, aprobada hacía un año pero al parecer no aplicada jamás, obliga a la policía a no realizar interrogatorios ni registros más que en presencia del abogado del acusado. Evidentemente, la cosa no había sido así en casa de Anna-Maria, via dei Banchi Vecchi. Los fundamentos mismos de la instrucción estaban en consecuencia marcados por la nulidad. La policía no respetaba la ley... Se trataba, cuando menos, de recordárselo al juez y a la opinión pública.

Con cada nuevo encuentro con el juez, sientes que el círculo se estrecha sobre ti. Tus hazañas de antaño pasan a formar parte de tu expediente.

Pero no. Esa no es tu historia. Como mucho, es la historia de tus cadenas. Yo soy alguien distinto de ese al que identifican los informes y que quieren tener descrito, fijado de una vez por todas.

Protestas: no puede ser que la sentencia con la que te amenazan ya esté firmada, sustentada en el simple recuerdo de tus tribulaciones oficiales de centro en institución psiquiátrica, de «casa» en «hogar». Tu vida, lo sabes, no se reduce a esta lista que, cada vez que te la leen, se alarga con otra línea más. También has construido. Por muchas veces que te hayan encerrado, has salido, has luchado, has superado la prueba. «Eso no aparece en el expediente, señor juez. Falta lo positivo...». Siempre falta lo esencial en el expediente que te persigue. «¡Pero no me puede usted negar que es usted un asiduo de esos lugares, señor Clémenti! ¿Cómo lo explica?». «Por lo que a mí respecta, solo quiero creerle...», añadía con la sonrisa benevolente de quien está dispuesto al perdón.